

habrán dejado de reinar: vuestros hijos errantes mendigarán el socorro de sus parientes por las diferentes comarcas de Europa. Sentiría, no obstante, que tomarais esta mi franqueza por amenaza; no... yo quiero la paz con Nápoles, con la Europa entera, con Inglaterra misma; pero no temo la guerra con nadie; me hallo en aptitud de hacerla á cualquiera que me provoque, y de castigar la corte de Nápoles sin temer el resentimiento de quien quiera que sea.... Paris el 12 nivoso, año XIII (1).»

Los plenipotenciarios de Austria bien quisieron, y ya intentaron que en el tratado de Presburgo se insertara algun artículo que salvara la corte y el reino de Nápoles. Pero Napoleón prescribió expresamente á Talleyrand que cerrara de todo punto los oídos á semejante proposición. «Sería, le dijo, una cobardía sufrir los insultos de esa miserable corte de Nápoles. Ya sabeis cuán generoso he sido con ella; pero ya no hay remedio; la reina Carolina dejará de reinar en Italia. Suceda lo que quiera, no la mencioneis en el tratado, porque tal es mi voluntad.» En el tratado de Presburgo no se habló una palabra de Nápoles.

Hecho todo esto, dispúsose Napoleón para regresar á Francia: arregló la marcha de sus tropas, bajo la dirección del general Berthier, y él partió para Munich, donde celebró el casamiento de su querido Eugenio de Beauharnais, hijo de la emperatriz, con la princesa de Baviera, cuya erección en reino y cuyo matrimonio habian sido dos objetos predilectos de sus negociaciones despues del triunfo de Austerlitz. Y luego tomó el camino de Paris, cuya población le esperaba llena de impaciencia y de entusiasmo. Así fué su recibimiento (26 de enero, 1806), y así sus demostraciones y su regocijo en los días siguientes á su llegada. «Y efectivamente, dice á este propósito un historiador francés, ¿de qué habia de alegrarse aquel pueblo si no se alegraba de estas cosas? Cuatrocientos mil, entre rusos, suecos, ingleses y austriacos, habian salido de todos los puntos del horizonte contra Francia, en la esperanza de que se les unirían doscientos mil prusianos; pero de pronto parten de las orillas del Océano ciento cincuenta mil franceses, atraviesan en dos meses una gran parte del continente europeo, se apoderan sin pelear del primer ejército que se presenta á disputarles el paso, derrotan á los demás en repetidos encuentros, entran en la capital del antiguo imperio germánico, dejan atrás á Viena, y van á las fronteras de Polonia á romper en una gran batalla el lazo que unia las naciones coligadas. De esto resultó que, reunidos los rusos, tuvieron que volverse á sus heladas llanuras, que, desconcertados los austriacos, no se atrevieron á abandonar sus fronteras; que en tres meses cesaron las angustias de una guerra que se creyó sería larga; que la paz del continente se restableció de pronto... que se abrió á Francia una perspectiva inmensa, y por último que nuestra nación se puso al frente de todas las demás naciones. ¿No era esto para enloquecer de gozo al pueblo francés?»

¿Y qué extraño es que los franceses mostraran de todos los modos posibles su regocijo, cuando el príncipe de la Paz, el jefe del gabinete español, y la representación viva de nuestros reyes, habia enviado á Napoleón un altisonante pláceme, que comenzaba así: «Señor.—Los sucesos que asombran hoy al mundo no aumentan la idea que yo tenia formada de las concepciones guerreras de V. M. Imperial y Real. Sus enemigos, ¿qué digo? los enemigos del continente han desaparecido; potencias formidables ya no existen: mis votos se han cumplido: las hazañas de Alejandro, de César, de Carlo-Magno se han convertido en sucesos históricos comunes; la historia no dirá nada tan grande como los altos hechos de V. M. No me queda ya que desear sino el aniquilamiento del poder inglés; V. M. I. y R. no tiene mas que quererlo, y sucederá, porque veo que todo está sujeto á vuestro poderío.—A pesar, señor, de mis deseos de hallar una ocasion de felicitar á V. M. I. y R. por sus victorias, no me hubiera atrevido hasta el regreso á Paris de la persona conocida de V. M.... etc. (2).»

(1) Archivo del ministerio de Estado: Correspondencia entre Napoleón y el príncipe de la Paz.

(2) Carta de 4 de diciembre de 1805.—Archivo de Estado: Correspondencia entre Napoleón y el príncipe de la Paz.

¿Era todo admiración sincera, ó impulsaba al favorito de los reyes españoles algun motivo secreto para dirigir al victorioso emperador, con quien habia estado poco tiempo hacia en casi abierta enemistad, tan tierna, expresiva y lisonjera felicitación? El designio que á ello le movia revelábase en el resto de esta carta confidencial, que á su tiempo daremos á conocer, porque se refiere ya á hechos de la vida interior del palacio de nuestros reyes, á aquellas intrigas que en aquel tiempo se cernian ya dentro del régio alcázar, y que al fin estallaron en explosiones y acontecimientos ruidosos, de que habremos de dar cuenta en otro lugar.

CAPÍTULO XIV

Jena.—Friedland.—Paz de Tilsit.—Proyectos de Napoleón sobre España y Portugal

DE 1805 Á 1807

Humillación de Prusia.—Tratos de avenencia entre Napoleón y el ministro inglés Fox.—Cuestión de Hannover.—Destronamiento de los reyes de Nápoles por Napoleón.—Coloca en aquel trono á su hermano José.—Proyecta Bonaparte la formación de un imperio de Occidente.—Repartición de reinos y principados.—Luis, rey de Holanda.—Destruye Bonaparte la Confederación Germánica.—Forma la Confederación del Rin.—Frústranse los tratos de paz con Rusia é Inglaterra.—Reacción del espíritu público en Prusia.—Exaltación nacional contra Francia.—Proclamación de guerra.—La acepta Napoleón, y marcha á Prusia al frente del ejército grande.—Célebres triunfos de Jena y Auerstaed.—Napoleón en Berlin.—Famoso decreto del bloqueo continental.—Marcha á Polonia en busca de los rusos.—Napoleón en Varsovia.—Sangrienta batalla de Eylau.—Levanta Napoleón un ejército de sesientos mil hombres.—Memorable triunfo de Friedland.—Entrevista de Napoleón con el emperador de Rusia y el rey de Prusia.—Conferencias de los emperadores Napoleón y Alejandro en Tilsit.—Estrecha amistad que hacen.—Paz de Tilsit.—Regreso de Napoleón á Paris.—Guerra entre España é Inglaterra en este tiempo.—Expediciones inglesas contra las colonias españolas.—Gloriosa defensa de Buenos-Aires.—Heroísmo de don Santiago Liniers.—Relaciones entre Francia y España.—Tratos entre ambos gobiernos sobre Portugal.—Negociaciones entre Napoleón, Godoy, Talleyrand é Izquierdo sobre la invasión y repartición del reino lusitano.—Explicación de la conducta recíproca de Napoleón y el príncipe de la Paz.—Felicitación de este al emperador.—Móvil que le impulsó á dar este paso.—Amistad y condescendencia de Godoy con Napoleón.—Cambio repentino en la política de Godoy.—Su proclama llamando á las armas á los españoles.—Se arrepiente de esta ligereza y procura enmendarla.—Disimulo de Napoleón.—Conducta de Godoy en el asunto del destronamiento del rey de Nápoles.—Cuerpo auxiliar de tropas españolas pedido por Napoleón y enviado al Norte.—Vuelve Napoleón á sus proyectos sobre España y Portugal.—Resuelve la invasión y partición del reino lusitano.—Destina los Algarbes al príncipe de la Paz.—Famoso tratado de Fontainebleau.—Orden de avanzar las tropas francesas á Portugal por España.

Acontecimientos de tal magnitud, alteraciones tan radicales y de tanta consecuencia hechas en los grandes Estados de Europa, condiciones y ajustes arrancados á naciones poderosas por la fuerza mandada y dirigida por un hombre dotado de prodigioso genio y de maravillosa fortuna, no podian quedar definitivamente terminados por un tratado escrito y firmado por dos emperadores, y por un concierto de mala gana hecho y no de buena fe suscrito entre otros dos soberanos, y no podian menos de dejar en pos de sí el gérmen de ulteriores disidencias, y de complicaciones y sucesos ni menos graves ni menos fecundos en trastornos que los anteriores: que ni es cosa fácil variar de un golpe y de un modo estable y perenne Estados antiguos, ni puede esperarse resignación y conformidad duradera de parte de los que han sido siglos enteros poderosos, y en circunstancias azarosas han tenido que ceder á la necesidad y someterse á la ley de un triunfador afortunado.

Todavía resonaban en Paris los cantos de júbilo; aun duraba la impresión de las fiestas celebradas para la colocación de las banderas cogidas á la Europa coligada; pensábase en los monumentos triunfales mandados erigir por el senado al vencedor de Austerlitz; dedicábase Napoleón con su infatigable actividad al arreglo de la mal parada hacienda y al restablecimiento del crédito de la Francia, con medidas que afectaban directamente al tesoro español, como tendremos ocasion de observar; aun estaba dictando el victorioso emperador sus

órdenes para que el ejército grande se reuniese en Paris á recibir las ovaciones que le preparaba el pueblo, cuando ya la corte de Prusia, abochornada del afrentoso tratado de Schenbrunn, miserable y vergonzosa contradicción del de Postdam, comenzó á sentir el remordimiento del patriotismo ultrajado; remordimiento que en el ejército produjo indignación; dolor en el rey y en el pueblo; en la reina, en el príncipe Luis y en su camarilla la ira del amor propio humillado. El negociador Haugwitz habia sido mal recibido por todos, y en torno suyo oia zumbas las murmuraciones y los gritos de queja. Convocado un consejo de los principales personajes del reino, se acordó no admitir el tratado sino con ciertas modificaciones que allí se propusieron. ¡Vano é inútil ensayo de energía y de dignidad! Llevadas á Paris estas modificaciones por el mismo Haugwitz, Napoleón, cada vez mas penetrado de la flaqueza de Prusia, despues de mostrarse pesaroso de lo mucho que decia haberse concedido en Schenbrunn, impuso al plenipotenciario prusiano condiciones mas onerosas, suprimiendo algunas de las anteriores, y obligándole á firmar otro tratado, en que no solo garantizaba Prusia la integridad del imperio francés tal como se habia constituido por la paz de Presburgo, sino tambien el resultado de la guerra de Nápoles, aunque trajera el destronamiento de los Borbones y la elevación de un Bonaparte al trono de las Dos Sicilias (15 de febrero, 1806): condición repugnante, que colocaba al monarca prusiano en la mas falsa posición con el emperador de Rusia, protector de los Borbones napolitanos, y que sin embargo tuvo que aceptar la corte de Berlin con la frente cubierta de rubor. Con esta crueldad humillaba Napoleón á los soberanos débiles, aunque todavia de gran poder, y así expiaba la corte de Berlin su conducta vacilante, veleidosa y falsa, y la infracción del célebre juramento hecho en Postdam ante la tumba de Federico el Grande.

Y todavia, siguiendo su malhadado sistema de hipocresía, y no escarmentada de lo caras que iba pagando sus inconsecuencias, dotada en aquel tiempo de una especie de don de errar, trató de disculparse y entenderse con Rusia y con Inglaterra, para recibir de cada una en respuesta un nuevo bochorno. El emperador Alejandro, no obstante que culpaba á sus jóvenes y presuntuosos militares de haberle comprometido á dar la batalla antes de contar con el socorro de los prusianos, se abstuvo bien de aprobar la conducta y los actos de la corte de Berlin, y le pronosticó lo que le habia de suceder. La Gran Bretaña fué mas cruel con ella. Su gabinete contestó con un manifiesto, llenando de dieterios á la corte de Prusia, declarando que se habia echado miserablemente en brazos de Napoleón, y que, despreciable por su codicia y por su servilismo, era indigna de ser oída.

Debía ser tanto mas sensible para Prusia este aislamiento en que por sus veleidades iba quedando, cuanto que en este tiempo estaban mediando entre las dos potencias esencialmente rivales y enemigas, Inglaterra y Francia, relaciones é inteligencias tales que indicaban la posibilidad de avenirse y concertarse entre sí. Púsolas en este camino, en primer lugar la muerte del ministro inglés Pitt (23 de enero, 1806). Este célebre ministro, que á la edad de cuarenta y siete años contaba veinticinco de honrosas luchas parlamentarias y veinte de gobernar con talento una nación tan grande como la inglesa en medio de las agitaciones de Europa y enfrente de la revolución y del imperio francés, murió entre fatigas, pesares y disgustos, acusado con pasión en el último periodo de su vida por sus compatriotas. Sucedióle en el ministerio su digno y antiguo antagonista M. Fox. Sobre ser este honrado ministro contrario á la política belicosa de Pitt, una feliz casualidad le puso en vías de entablar decorosamente relaciones de amistad con el emperador de los franceses. Un día se introdujo en su casa un hombre que se ofreció á asesinar á Napoleón. Fox indignado entregó aquel miserable á la policía inglesa, y escribió á Talleyrand noticiándole el hecho, y poniendo á su disposición los medios de perseguir al criminal si lo creia conveniente ó necesario.

Agradecido Napoleón á tan generoso comportamiento, hizo que su ministro le diera las gracias en su nombre, con expresiones que indicaban el feliz presagio que le hacia concebir

tan noble acción. Contestóle el ministro inglés en términos los mas cordiales, ofreciendo francamente la paz en beneficio de la humanidad y del reposo de Europa. Enamoró tan expansivo lenguaje á Napoleón, que tambien deseaba, para los fines que luego veremos, reconciliarse con la Gran Bretaña. Disentian sin embargo en el modo como habian de entenderse. Uno de los principios diplomáticos de Napoleón era tratar separadamente con cada potencia, porque así sacaba mejor partido y deshacia mejor las coaliciones. Pretendia Inglaterra que se hiciera con la intervencion de Rusia, así por obligarla á ello las condiciones de un tratado, como por ser su sistema no aislarse nunca del continente. Continuáronse estos tratos por medio de un personaje inglés, lord Yarmouth, que habia estado prisionero en Francia, y habia sido devuelto con otros á petición de Fox. Afortunadamente para ambas naciones su primera diferencia desaparecia en virtud de haber manifestado tambien el emperador de Rusia disposiciones á entrar en tratos de paz con Francia, disgustado de una lucha á que le habian comprometido ligeramente sus jóvenes consejeros.

Ibanse aproximando tambien los negociadores inglés y francés en cuanto á las estipulaciones. Porque Napoleón, no guardando ya miramiento ni consideración alguna á la Prusia, restituía á Inglaterra el Hannover, si bien indemnizando á aquella con un equivalente en Alemania. Y como la devolución de aquel reino era lo que mas importaba á los ingleses, no habia dificultad grave en lo demás, puesto que Francia reconocia ya á Inglaterra la posesión de sus dos principales conquistas, Malta y el Cabo de Buena Esperanza, é Inglaterra no disputaba ya á Francia la dilatación de su territorio hasta los Alpes y el Rin, su protectorado de los principados alemanes, y toda la Italia, incluso el reino de Nápoles; de modo que la única dificultad sería que quedaba era si se habia de comprender ó no la Sicilia, todavia no conquistada entonces por las armas francesas.

Porque es de advertir, que en tanto que estas negociaciones se agitaban, Napoleón, llevando adelante su amenaza hecha en Viena de hacer que dejara de reinar en Nápoles la reina Carolina cuyas locuras le tenian irritado, envió á aquel reino un ejército de cuarenta mil hombres, el cual en poco tiempo se apoderó de las principales plazas napolitanas, en términos que los reyes Fernando y Carolina, viendo que no podian conjurar aquella tempestad, abandonaron á Nápoles y se refugiaron en Palermo, llevando, como ya lo habian hecho otra vez en tiempo de la república, todo el dinero de las cajas del tesoro. En su virtud entró José Bonaparte en Nápoles (15 de febrero, 1806), escoltado por el cuerpo de Massena, donde por entonces tomó José solo el título de lugarteniente de Napoleón, pero pasando á los ojos y en el concepto de todos por el rey designado para aquel reino. Déjase comprender la sensación que causaria en la corte de España, y principalmente en el ánimo del buen Carlos IV, hasta entonces el mas fiel y tambien el mas antiguo aliado de la Francia y de Napoleón, el destronamiento de uno de los Borbones, tan inmediato deudo suyo. Despues veremos el efecto y resultados que esto fué produciendo en las relaciones del gobierno español con el gran dominador de Europa, y vamos ahora á conocer todo el pensamiento que precisamente á la sazón comenzó á desarrollar ostensiblemente el hombre embriagado con los triunfos de Marengo y de Austerlitz.

Era el pensamiento de Napoleón nada menos que la formación de un grande imperio de Occidente, ó sea la resurrección del que antiguamente habia formado Carlo-Magno, pero con porción de reinos tributarios, y de otros Estados de segunda y tercera jerarquía, todos feudatarios y dependientes del imperio francés, y distribuidos entre los miembros de su familia y entre sus mas adictos y mejores servidores, los cuales serian otros tantos grandes dignatarios del imperio, con los títulos de gran elector, condestable, archi-canciller, etc. A esta idea, producto de una inmensa ambición personal, iba asociado un laudable afecto de familia y un sentimiento noble de recompensa y de premio á los que le habian ayudado en sus grandes empresas. El repartimiento que proyectaba y que comenzó á hacer, fué el siguiente. Su hijo adoptivo Eugenio de Beauharnais era ya virey de Italia, cuyo Estado acababa de